

HUBO UN SEGUNDO OS



WALD



EDWARD JAY EPSTEIN

Inquest

THE WARREN COMMISSION
AND THE
ESTABLISHMENT OF TRUTH

INTRODUCTION BY *Richard H. Rovere*

A la izquierda: Ruby dispara sobre Oswald. Arriba, el libro «Inquest», de Epstein, que analiza «escalofriantemente» el informe Warren. Abajo, portada del trabajo de R. H. Popkin, en el que se sostiene que no fue Oswald quien asesinó a Kennedy.



NYON LIBRARY/NEW YORK REVIEW OF BOOKS/NS13/954

A STARTLING ALTERNATIVE TO THE SINGLE ASSASSIN THEORY OF THE WARREN COMMISSION REPORT

INCLUDING A CONSIDERATION OF THE RECENT
REVELATIONS OF EDWARD J. EPSTEIN, MARK LANE
AND HAROLD WEISBERG



THE SECOND OSWALD

BY RICHARD H. POPKIN

INTRODUCTION BY
MURRAY KEMPTON

UN DOCUMENTO SENSACIONAL

**tres
años
después
del
asesinato
de
Kennedy:
la tesis
oficial
es
indefendible**

OSWALD NO DISPARO

EN «El caso del comisario Tulayev», publicado hace quince años, Victor Serge cuenta una especie de caso Oswald soviético: un joven desequilibrado, descontento de la vida que lleva en su país, compra un fusil y mata al comisario Tulayev. Se abre una gran investigación, a la que sigue una purga brutal. Son detenidas miles de personas, a las que se hace confesar que forman parte de un vasto complot dirigido contra el Gobierno. El asesino no es nunca objeto de sospechas y sigue viviendo tranquilamente, loco y descontento.

Cuando el Presidente Kennedy fue asesinado, América reaccionó de manera radicalmente opuesta. Unas horas después del atentado se había dado una explicación de aquél por la Policía de Dallas: era obra de un loco que había actuado solo. Después de meses y meses pretendidamente consagrados al trabajo y a la investigación, la Comisión Warren ha llegado, poco más o menos, a la misma conclusión. En vista de la facilidad con que la prensa y la opinión casi unánime la aceptaron, puede pensarse que la Comisión Warren ha dado a los americanos el tipo de explicación que **SIGUE**



La Policía sometió a Lee H. Oswald —un sospechoso— a un duro interrogatorio. Antes de trasladarlo a la cárcel donde fue asesinado por Ruby, fue presentado, en este estado, ante las cámaras de televisión.

querían, y quizá el que, seguramente, se merecen.

Para los rusos de Victor Serge, el asesinato del comisario Tulayev no podía ser más que el resultado de un inmenso complot. Para los observadores europeos, el asesinato de Kennedy no puede ser más que el resultado de una siniestra conspiración en la que habrían participado ciertos miembros de la policía de Dallas, el F. B. I., unos locos tejanos de extrema derecha e incluso, quizá —lo he oído decir con frecuencia—, el sucesor de Kennedy. En su libro «¿Quién mató a Kennedy?», Thomas Buchanan subraya que es una tradición americana el considerar el asesinato de un Presidente —ha habido cuatro— como obra de un loco aislado, por numerosas que sean las pruebas en contrario. Parece como si América hubiera tenido una necesidad imperiosa de creer que Oswald solo había matado a Kennedy y de creer también que al matar a Oswald, Ruby había actuado por su propia cuenta. Sin embargo, la tesis oficial de la Comisión Warren es, desde muchos puntos, inaceptable.

Acaban de aparecer dos libros que vuelven a poner sobre el tapete la discusión. Uno, «Whitewash», de Harold Weisberg, libro escandaloso y tendencioso, publicado por su propio autor porque, por buenas y malas razones, ningún editor quería aceptarlo, es, no obstante, el primer estudio crítico serio de los veintiséis volúmenes del *Rapport*. El otro, «Inquest», de Edward Jay Epstein, es un libro notablemente «eficaz», en el que se encuentran escalofrantes informaciones sobre los métodos de trabajo de la Comisión. Los dos —así como algunos excelentes artículos de revistas— no se contentan con probar que la tesis oficial es poco verosímil o que no es legalmente convincente. Dicen que, según los criterios aceptados por hombres razonables y reflexivos, es absolutamente indefendible y que ello

puede probarse a partir de los propios elementos que han reunido el F. B. I. y la Comisión.

EFFECTO RETARDADO



Antes de la aparición de estos trabajos existían ya buenas razones para dudar de que Oswald hubiera tirado solo, o incluso de que hubiera tirado nunca. He aquí algunas de ellas: la mayoría de los testigos bien situados y categóricos en cuanto al origen de los tiros, dicen que el primero fue hecho desde el promontorio o desde el puente hacia los que se dirigía el coche, y no desde el «Texas School Book Depository» (Depósito de libros escolares), en el que se suponía que se encontraba Oswald; a pesar de lo que ha pretendido demostrar la Comisión, Oswald era un tirador mediocre, y su carabina no era precisa; los tiradores de élite no han podido repetir con el arma de Oswald la hazaña que se le atribuía, es decir, dar en la diana dos veces en cinco segundos seis décimas, y eso tirando sobre objetos fijos y habiendo tenido el tiempo suficiente de calibrar su primer disparo y aunque se haya corregido parcialmente el mal ajuste del punto de mira. Ningún testigo digno de fe ha identificado a Oswald; nadie le ha visto en el lugar del crimen aparte Brennan (1), que, más tarde, con ocasión de un careo, no le reconoció; es prácticamente imposible que después de haber disparado desde el sexto piso, Oswald haya tenido tiempo para es-

(1) El primer testigo que dio la descripción de Oswald y que le había visto en la ventana del Depósito antes del asesinato.

conder su carabina y de bajar al segundo, donde el agente Baker le encontró, y que nadie le haya visto ni oído bajar. El test de la parafina ha revelado huellas de nitrato en las manos de Oswald, pero nada en su mejilla (el F. B. I. y la Comisión dicen que el test de la parafina no es concluyente, pero, entonces, ¿por qué lo utilizan?). En suma, un buen abogado habría podido llevar a un Jurado a dudar de la culpabilidad de Oswald, o convencerle de que no era el único que había disparado. Todo esto no prueba irrefutablemente la inocencia de Oswald; sin embargo: aquel día habría podido dar prueba de una pericia excepcional y tener una suerte milagrosa.

Los hechos irrefutables en que se apoya la Comisión son que Kennedy fue alcanzado dos veces y Connally por lo menos una; que se ha encontrado, en el quinto piso, la carabina de Oswald y tres cartuchos expulsados por ella; que una parte de la carabina, accesible sólo cuando se desmonta el arma, tenía una huella de Oswald; que la bala casi intacta —pieza de convicción número 399— encontrada en el hospital Parkland de un modo misterioso del que volveremos a hablar, ha sido, innegablemente, disparada por la carabina de Oswald; que Oswald ha sido visto en el depósito por cinco personas, al menos, entre las doce y las doce y media; que, finalmente, Oswald abandonó el depósito hacia las doce treinta y tres y fue a su casa, en el barrio de Oak-Cliff, en el que vivía, sin su mujer, en una habitación amueblada. Todos estos hechos podían hacer pensar razonablemente que, a pesar de las dificultades, era Oswald quien había disparado los tres tiros. Pero Epstein y Weisberg rebaten la tesis oficial de dos maneras. Primero, al examinar atentamente la separación de los tiros y los informes médicos publicados, prueban que los tres tiros no han podido ser hechos por Oswald. Luego demuestran que las tesis de la Comisión y del F. B. I. son contradictorias en varios puntos esenciales. De hecho, si se aceptan las dos, se destruyen una a otra o bien prueban que no fue un solo hombre el que disparó contra Kennedy.

Estas demostraciones se fundamentan esencialmente en los informes recapitulatorios del F. B. I. y en el film rodado durante el asesinato por un espectador, Abraham Zapruder.

En su primer informe recapitulatorio, fechado el 9 de diciembre de 1963 —inmediatamente después de la creación de la Comisión Warren—, el F. B. I. escribe simplemente: «Se han hecho tres disparos. Dos balas alcanzaron al Presidente Kennedy, la tercera hirió al gobernador Connally». Pero no da importancia al hecho, firmemente establecido, de que una bala falló el coche y sus ocupantes e hirió a un espectador.

Este hecho, así como lo que revela el film de Zapruder, ha obligado a la Comisión a reconsiderar la cuestión. Gracias al film, en efecto, se pudo establecer en qué momentos Kennedy y Connally fueron alcanzados, y se observa que Connally reaccionó a su herida un segundo y siete décimas después que el Presidente, como mucho; ahora bien, la Comisión ha establecido que era materialmente imposible montar la carabina de Oswald —sin hablar de apuntar— en menos de dos segundos tres décimas y que, en consecuencia, Oswald no había podido herir a Kennedy y a Connally con dos balas diferentes.

Respecto a esto, el doctor Humes, uno de los médicos de la Marina que practicaron la autopsia, declaró a uno de los juristas de la Comisión que, incluso si Kennedy y Connally habían sido

alcanzados aparentemente a un segundo siete décimas de intervalo, era médicamente imposible que hubieran sido alcanzados por la misma bala y que Connally hubiera reaccionado con efecto retardado. Hipótesis que explicaría cómo los dos hombres han podido ser alcanzados en menos tiempo del que le hacía falta al asesino para tirar dos veces.

UN SACO DEMASIADO CORTO



Si el F. B. I. tiene razón, y si han sido alcanzados por dos balas diferentes, es preciso que aquéllas hayan sido disparadas por un arma que no sea la de Oswald o que haya habido dos tiradores. La Comisión, por su parte, se mantiene en la tesis de que Kennedy y Connally fueron alcanzados por la misma bala. Sin embargo, el testimonio preciso de Connally anula esta tesis. Declara haber oído el primer disparo —y una bala va mucho más de prisa que el sonido—, haber mirado a la derecha y a la izquierda para ver de dónde venía y no haber sido herido hasta después. Para justificar su tesis, la Comisión debe, pues, admitir que, con la quinta costilla aplastada y la muñeca rota, Connally no ha notado nada antes de un segundo siete décimas, mientras afirma haber sentido un choque en la espalda al ser alcanzado.

La Comisión, para explicar su teoría, utiliza esencialmente la pieza de convicción 399: la bala

que habría atravesado el cuerpo de los dos hombres. Pero, precisamente, la historia de esta bala 399 plantea toda una serie de cuestiones.

1. Casi todos los expertos médicos consultados —entre ellos los dos que practicaron la autopsia de Kennedy— afirman que la bala no pudo causar las heridas de Connally y menos aún las, más graves, de Kennedy. Se ha observado, igualmente, que no había perdido más que 162 miligramos de su peso original, mientras que 194 quedaron en el cuerpo de Connally o fueron extraídos de él (2).

2. En diversas sustancias se dispararon balas con la carabina de Oswald: todas estaban aplastadas o deformadas, lo que no ocurrió con la bala 399, que se supone atravesó dos cuerpos humanos, rompió una costilla y una muñeca de Connally y agujereó su fémur.

3. La bala 399 fue recogida en el hospital de Parkland por un tal Tomlinson, mientras apartaba dos camillas que bloqueaban la entrada a los lavabos. Pero hoy todavía ni Tomlinson ni nadie sabe de qué camilla cayó la bala, ni siquiera si una de las camillas había servido para transportar a Kennedy o a Connally, y la Comisión no ha intentado saberlo. El hospital hervía entonces de periodistas, de curiosos, de agentes del F. B. I. y de hombres de los servicios secretos: cualquiera podía entrar allí sin hacerse notar.

4. Cuando, al fin de la jornada, se entregó la bala 399 a Robert Frazier, el experto del F. B. I., estaba perfectamente limpia: Weisberg concluyó que alguien había debido limpiarla y suprimir así un indicio importante. Nada autorizaba a afirmarlo, y quizá la bala nunca necesitó ser limpiada.

Lo que acabamos de decir demuestra no sólo

(2) Demostrado punto por punto por M. Salandria en un artículo de «Minority of Ones».

HUBO UN SEGUNDO OSWALD

que la bala 399 difícilmente puede haber hecho los asombrosos destrozos que el *Rapport* le atribuye, sino también que no hay absolutamente ninguna prueba de que los haya hecho, ninguna prueba de que viniera de la camilla de Connally, ninguna prueba de que hubiera atravesado el cuerpo de Connally.

Intentaré inmediatamente dar una explicación de estos hechos: de momento me limitaré a señalar que la bala 399 es, si puede decirse, una caña demasiado frágil para colgar de ella toda la tesis oficial y que cuando la Comisión sostiene, en un estilo teológico del siglo XVII, que, puesto que las cosas han pasado así, son en consecuencia posibles, no es demasiado convincente.

Pero, hasta ahora, los escépticos —con excepción de Weisberg, que no lo hace más que por momentos— no han logrado proponer una contratesis sólida.

Habiendo leído dos veces esos veintiséis volúmenes extremadamente confusos, llenos de repeticiones y de contradicciones, y plagados de documentos mal clasificados, algunos de los cuales carecen de interés o están mal reproducidos, creo que puede encontrarse en ellos material para edificar una contratesis, basada en primer lugar en el hecho indiscutible de que algunas pruebas oficiales pueden ser interpretadas de modo opuesto a como se ha hecho, y además de que los hechos «inexplicables» sugieran que, ya en la salida de Oswald para Méjico, había un complot, al que Oswald estaba mezclado, consciente o inconscientemente, y que, desde primeros de noviembre hasta el veintidós, la actividad de los conspiradores se intensificó. **SIGUE**

La comisión presidencial que elaboró el informe sobre el asesinato del Presidente Kennedy se reunió por vez primera el 5 de diciembre. De izquierda a derecha: Allen Dulles, H. Boggs, J. Sherman Cooper, Earl Warren, que ha dado nombre al informe como presidente de la Comisión, Richard Russell, John McCloy y G. Ford.



Creo que hay dos piezas de convicción que permiten pensar que el «affaire» es más complicado de lo que dice la Comisión: la bala 399 y el saco de papel marrón. La bala 399 es la mar de rara. La Comisión parece no haber imaginado nunca que haya podido ser depositada voluntariamente donde se encontró. Sin embargo, se trata de una hipótesis perfectamente plausible, puesto que todo indica que la bala 399 nunca ha atravesado un cuerpo humano y que pudo ser depositada sobre la camilla por cualquiera. Si esta hipótesis hubiera sido tomada en consideración, la Comisión habría sido llevada a admitir que algunas de las «pruebas» podían haber sido forjadas deliberadamente. La bala 399 desempeña un papel capital en la medida en que establece un lazo directo entre la carabina de Oswald y el asesinato. En el momento en que fue colocada sobre la camilla, todavía no podía saberse que serían recogidas otras pruebas balísticas y la bala 399 habría bastado por sí sola a lanzar a la policía sobre el rastro de Oswald.

Existe otra pieza de convicción cuya historia parece ser muy diferente de la que admite la Comisión; la bolsa de papel marrón descubierta en el quinto piso del depósito escolar. Según la Comisión, ha sido fabricada por Oswald, en Irving, suburbio de Dallas, donde habitaba, en casa de Mrs. Paine, Marina, la mujer de Oswald, en la noche del 21 al 22 de noviembre, y utilizada a la mañana siguiente para transportar la carabina hasta el depósito escolar. Como demuestra claramente Weisberg, todas las informaciones referentes a esta bolsa de papel plantean problemas serios. En primer lugar, Marina Oswald y Wesley Frazier —que condujo a Oswald al depósito escolar— afirman que Oswald había vuelto a su casa, la noche del 21, con las manos vacías. Este detalle ha preocupado a la Comisión tanto como para hacer volver a Frazier con el fin de preguntarle si no había visto en otro momento a Oswald transportar papel de embalaje. Frazier contestó que no.



Kennedy, meses antes de ser asesinado, lee los periódicos del día en su despacho de la Casa Blanca.



Finalmente, las dos únicas personas que han visto la bolsa, Frazier y su hermana, calculan que su medida era de aproximadamente 70 centímetros, mientras que la bolsa encontrada en el depósito escolar medía 96,5 centímetros. Frazier y su hermana hicieron su evaluación por la manera como Oswald llevaba la bolsa y por el sitio que el paquete ocupaba en el coche. Cada vez resultaban un poco menos de 70 centímetros. Ahora bien, la pieza más larga de la carabina de Oswald, una vez desmontada, medía 88,4 centímetros.

Oswald, según estos dos testimonios, llevó primero la bolsa en la mano, sin que aquella arrastrara por el suelo. Luego se la colocó bajo el brazo, con un extremo bajo el sobaco y el otro en la palma de la mano. Las dos posiciones no pueden convenir más que a un objeto que no sobrepase los 70 centímetros. Si Oswald, que medía un metro setenta y cinco, hubiera llevado en la palma de la mano un paquete de 96,5 centímetros, la parte alta de la bolsa le habría llegado hasta la oreja, lo que no habría pasado desapercibido para Frazier.

PARA CONFUNDIR LAS PISTAS



A pesar de los esfuerzos de la Comisión para convencer a Frazier y a su hermana de que modificaran su declaración, los dos testigos la mantuvieron. Y cuando uno de ellos fabricó, a petición de la Comisión, una bolsa aproximadamente igual a la que había visto, hizo una de 70 centímetros. La Comisión, sin embargo, decidió que Frazier y su hermana, si bien habían visto una bolsa en manos de Oswald, se equivocaban sobre el tamaño.

Cuando Oswald entró en el depósito escolar, en la mañana del 22 de noviembre, nadie se dio cuenta de que llevara un saco. Un tal Dougherty, que le vio entrar, afirma que tenía las manos vacías. Una bolsa de 70 centímetros no podía, sin embargo, pasar desapercibida.

Todo lo que se sabe después es que se encontró, cerca de la ventana del quinto piso de donde habrían partido los disparos, una bolsa de 96 centímetros de largo. Fue fabricada con papel de embalaje y papel de goma cogido en el propio edificio. Presenta cuatro pliegues bien visibles, pero nada indica que haya sido cogida por arriba, como Frazier y su hermana vieron hacer a Oswald. Según el testimonio de un experto del F. B. I., Cadigan, no se encontró en la bolsa ningún rastro físico o químico de la presencia de un arma. Ni grasa, ni restos materiales, ni nada que indicara la posición que habría ocupado la carabina. Comentario de Cadigan: «... Si la carabina fue puesta en esta bolsa, seguro que no la movieron mucho». Los testimonios de Frazier y de su hermana indican, por el contrario, que la bolsa no sólo fue llevada por Oswald de diferentes maneras, sino también sacudida en el asiento trasero del coche durante todo el trayecto.

Última dificultad, que sólo Weisberg parece haber notado: los expertos han establecido que la bolsa había sido fabricada con papel de goma procedente de la máquina distribuidora del depósito escolar y cortado por ella. El empleado que se ocupa de la máquina ha declarado que no había visto a Oswald servirse de ella. Todavía más importante: la máquina no puede despachar

y cortar más que papel humedecido, puesto que la banda pusa automáticamente por una esponja húmeda. Oswald no habría podido coger papel seco más que desmontando el aparato, y los cortes, en este caso, no habrían sido hechos por la máquina. La única conclusión posible, según la tesis de la Comisión, es que Oswald ha sacado de la máquina un metro de papel húmedo. ¿Cómo habría podido llevarlo hasta Irving para utilizarlo allí? Si el empleado encargado del distribuidor ha dicho la verdad, la bolsa no pudo ser confeccionada sino en el interior del depósito escolar.

¿Cuándo? Según la Comisión, el 21 de noviembre, y Oswald habría vuelto el 22. Pero sigue existiendo la diferencia de tamaño entre la bolsa descubierta y la descrita por los dos testigos. La única explicación parece ser que existieron dos bolsas: la que Frazier y su hermana vieron —que podía ser una bolsa grande de supermercado— y la que se encontró. Oswald habría podido fabricar y transportar la primera para confundir deliberadamente las pistas. Se habría deshecho de ella arrojándola en una de las papeleras de la calle donde se encuentra el depósito escolar. Después, durante la mañana del 22, la segunda bolsa habría sido fabricada con arreglo a las dimensiones de la carabina. Esta bolsa fue abandonada bien a la vista en el supuesto lugar del crimen. Un asesino prudente habría podido esconderla muy fácilmente, así como los tres cartuchos. Pero la presencia de la bolsa, como la de la bala 399, comprometía directamente a Oswald. La bolsa lleva, en efecto, sus huellas, y es lo bastante grande como para haber contenido la carabina. Los testimonios de Frazier y su hermana al apoyo, Oswald seguía, así, siendo el principal sospechoso.

EL CLIENTE DE BOGARD



Si hubo dos bolsas, eso quiere decir que la carabina fue llevada al depósito escolar antes de que Oswald penetrara en él, la mañana del 22 de noviembre, lo que supone una premeditación cuidadosa de toda la operación, hasta el punto de que Oswald habría fabricado pruebas contra sí mismo para equivocar a los investigadores. Pero, ¿por qué habría intentado Oswald atraer las sospechas? Voy a intentar explicarlo.

En los veintiséis volúmenes del *Rapport* se encuentran muchos testimonios de gente que afirma haber visto a Oswald o haber tenido que ver con él en circunstancias extrañas que no encajan con los otros datos de la investigación. La Comisión ha dejado de lado finalmente estos testimonios —aunque los haya estudiado hasta el final—, sea porque Oswald no podía encontrarse en el lugar del incidente del que se daba cuenta, sea porque no podía haber hecho lo que el testigo había visto, por ejemplo, conducir un coche. En un caso criminal que recibió una publicidad semejante, los casos de «falsa identificación» del culpable son, evidentemente, frecuentes. Pero muchos de los testimonios dejados de lado por la Comisión parecen difícilmente discutibles y provienen de gente que aparentemente no tiene ninguna razón para mentir. Está, por ejemplo, el de un vendedor de coches de Dallas, llamado Bogard. El 9 de noviembre de 1963, según contó, un hombre que declaraba llamarse Lee Oswald —y que, naturalmente, se parecía a Harry Lee Oswald hasta el punto de poder equivocarse— se presen-

HUBO UN SEGUNDO OSWALD



Después de la muerte de Kennedy el asesinato de Oswald, a quien se señalaba como autor del atentado contra el Presidente, vino a embarullar más el caso. Jack Ruby, relacionado con el hampa de la ciudad, lo mató a disparos con absoluta impunidad, ante policías, fotógrafos y periodistas. Ruby no ha sido juzgado.

tó en su pabellón de exposiciones y probó con él un coche, declarando que iba a cobrar una gran suma de dinero al cabo de unos quince días. No sólo este testimonio fue confirmado por varios empleados de Bogard y por la mujer de uno de ellos, sino que el propio Bogard fue sometido por el F. B. I. a la prueba del detector de mentiras, que superó con éxito. Sin embargo, la Comisión no tomó en consideración esta deposición en nombre de otros testimonios según los cuales Oswald (a) no sabía conducir y (b) había pasado la noche del 9 de noviembre en su casa, escribiendo una carta a la Embajada soviética.

Leo Sauvage y otros críticos del *Rapport* han sugerido, para explicar la declaración de Bogard y varias otras igualmente difíciles de discutir, que alguien había podido hacerse pasar por Oswald.

De hecho, creo que hay que colocar todos los casos de «ubicuidad» de Oswald en dos categorías, según la época en la que se producen. En lugar de no tenerlos en cuenta, pueden interpretarse como pruebas de que Oswald estaba mezclado a una conspiración cualquiera que debía conducir a los acontecimientos del 22 de noviembre. Aquel día, el desdoblamiento de Oswald debía jugar un papel capital a la vez en el asesinato y en su desenlace policiaco, naturalmente previsto.

La investigación ha hecho aparecer que Oswald había llevado, desde su estancia en Nueva Orleans, una actividad política por lo menos extraña. La correspondencia de su mujer, Marina, indica que era desgraciado en Estados Unidos y que quería volver a Rusia con su familia. En la

misma época, a finales de mayo de 1963, se lanzó a la propaganda castrista, bombardeando de cartas al «Fair Play Committee for Cuba», de Nueva York; al partido comunista y al «Socialist Worker's Party», a los que dio informaciones totalmente falsas sobre lo que hacía. Aunque diera cuenta de reuniones frecuentes y pretendiera que su organización agrupaba a treinta y cinco personas, será el único miembro de ella y no intentará nunca seriamente entrar en relación con simpatizantes de la izquierda, lo que le hubiera resultado fácil.

En agosto de 1963, por el contrario, va al encuentro de los miembros de cierto grupo anticastrista, animado por un tal Carlos Bringuier, para decirles que desea participar en sus ejercicios paramilitares. Unos días más tarde va a distribuir pasquines castristas a dos pasos de su cuartel general, lo que da como resultado una pelea, al estimar los anticastristas que han sido traicionados. Según todos los testimonios, sin embargo, incluidos los de los policías, no se trató de una pelea: Oswald bajó los brazos y pidió a Bringuier —un antiguo funcionario de Batista— que le golpeara. Los dos serían juzgados por «desórdenes en la vía pública». Oswald se declaró «culpable», sin haber hecho nada, mientras que Bringuier se declararía «no culpable», a pesar de ser el que había golpeado. En la prisión, Oswald pidió ver a alguien del F. B. I., e intentó convencer al agente Quigley de que estaba realmente complicado en actividades pro-castristas. Una vez en libertad, envió al «Fair Play Committee» una reseña llena de mentiras de sus proezas, acom-

pañada de recortes de prensa, y redactó un «memorándum» sin fecha, aparentemente destinado a la Embajada de Cuba en Méjico, en el que se esforzaba por demostrar su «buena fe» de activista pro-castrista.

El 25 de septiembre de 1963 partió a Méjico, donde escandalizó en vano en las Embajadas soviética y cubana para obtener un doble visado para Moscú via La Habana. Los rusos —ya había hecho una petición de visado en los Estados Unidos, en julio— le contestan que el estudio de su expediente llevaría cuatro meses y los cubanos se niegan a dejarle entrar en su país sin su visado soviético. Oswald vuelve a Dallas el 3 de octubre. Pero si realmente hubiera tenido la intención de ir a Cuba y a la U. R. S. S., ¿por qué no ha puesto en marcha una verdadera organización procastrista en lugar de limitarse a aparentarlo? ¿Y por qué ha decidido él mismo hacer depender su viaje a Cuba de la obtención de un visado soviético? El, que había vivido dos años en Rusia, estaba en buena situación para conocer la lentitud de la administración rusa.

Durante su estancia en Méjico, que sigue siendo misteriosa en muchos aspectos, en Texas ocurren acontecimientos extraños. El 25 de septiembre, el mismo día de su marcha, un tal «Harvey Oswald» se presenta en la oficina militar de Austin, donde permanece una media hora. La Comisión no tomará en cuenta la información, porque Oswald no podía encontrarse en Austin. Sin embargo, el mismo día, Oswald fue visto en

(Pasa a la página 58)

mi hombre
tiene ese algo
tan... tan de hombre



La crema que simplifica el diario afeitado, modernizándolo y convirtiéndolo en un rápido placer.

CREMA DE AFEITAR KAMEL. Sin brocha y, aunque a Vd. no le interesa, sin dolor. Deja la cara impecable, suave y virilmente rasurada todo el día, con ese algo tan... tan de hombre.

crema de afeitar

kamel para el sexo (muy) fuerte

SOLRIZA, S.A.

Es un producto de la serie KAMEL

(Viene de la página 23)

HUBO UN SEGUNDO OSWALD

Austin por un impresor y por una camarera. Por la noche, una tal Mrs. Twiford, de Houston, recibe una llamada telefónica de Oswald que desea encontrarse con Mrs. Twiford, dirigente de la sección tejana del «Socialist Labour Party», antes de «tomar el avión» para Méjico. En aquel momento, Oswald estaba ya en camino. Pudo llamar por el interurbano —aunque la llamada pareciera ser de origen local— pero, ¿por qué habría pedido ver a Mrs. Twiford si su intención era emigrar a Cuba? ¿No podría tratarse del segundo Oswald que estuviera intentando confundir las pistas?

TRES AGUJEROS EN UN FUSIL



Fue al día siguiente, el 26 de septiembre, cuando surgió el «affaire Odio». Mrs. Sylvia Odio, dirigente de un grupo de refugiados cubanos en Dallas, declarará a los investigadores de la Comisión que ella y su hermana recibieron aquel día la visita de dos latinoamericanos y de un tal «León Oswald». Los tres hombres pretendían llegar de Nueva Orleans, y dijeron que iban a salir de viaje y necesitaban fondos para organizar «acciones violentas».

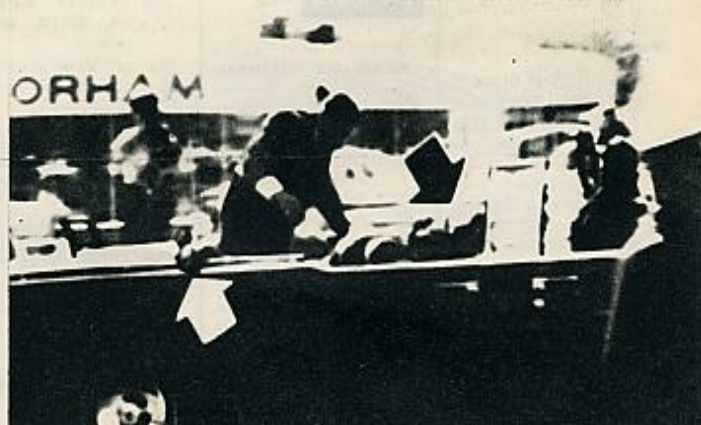
«Al día siguiente —cuenta Mrs. Odio—, uno de los dos latinoamericanos, Leopoldo, me llamó (...) y me dijo: "¿Qué piensa usted del americano?". Le contesté que no pensaba nada. "¿Sabe? Tenemos la intención de introducirlo en el movimiento de resistencia en Cuba, porque es un tipo terrible, un poco chalado... Nos ha dicho que éramos unos cobardes porque el Presidente Kennedy habría debido ser asesinado después del asunto de la Bahía de los Cochinos (3), y que debían haberlo hecho cubanos. Añadió: ¡Habría sido tan fácil!"».

Leopoldo precisó, además, que Oswald había servido en los Marines y que era un excelente tirador. Cuando Mrs. Odio supo que Kennedy había sido asesinado, pensó en seguida que sus visitantes estaban mezclados en el asunto. Cuando vio la foto de Oswald, tuvo absoluta certeza.

La Comisión ha intentado por diversos medios no dar importancia a este testimonio, pero todo probaba que Mrs. Odio era una persona digna de confianza y segura de lo que decía. La única declaración parcialmente en contradicción con la suya era la de una tal Mrs. Connell, a quien Mrs. Odio habría declarado que conocía a Oswald antes del encuentro del 26 de septiembre y

El coche
presidencial
camino
del hospital
donde fallecería
Kennedy.
Las flechas
señalan los
cuerpos de las
víctimas:
el Presidente
Kennedy
y el Gobernador
de Texas,
Connally.

(3) El desembarco fallido de los anticastristas en Cuba, en abril de 1961.



que aquél había tomado la palabra en sus reuniones anticomunistas. Si Mrs. Connell decía la verdad, esto indicaría que Oswald había tenido con los elementos anticomunistas de Dallas una relación mayor de lo que Mrs. Odio quería admitir.

En agosto de 1964, la Comisión vino a admitir que el asunto Odio podía ser el primer indicio serio de una conspiración. Había establecido que Oswald pudo tener tiempo —aunque fuera algo muy improbable— de pasar por Dallas para ver a Mrs. Odio al ir de Nueva Orleans a México. El 21 de septiembre de 1964 recibió, sin duda con gran alegría, un informe del F. B. I. indicando que se había encontrado, cinco días antes, a uno de los tres hombres que habían visitado a Mrs. Odio el 26 de septiembre de 1963. Este testigo capital había afirmado que Oswald no estaba con él aquel día, y había dado los nombres de sus dos compañeros, uno de los cuales tenía «la misma apariencia» que Lee Harvey Oswald. El F. B. I. anunciaba que su investigación continuaba, y que rápidamente comunicaría los resultados de ella.

La Comisión se contentó con interpretar este testimonio como la prueba de que Oswald no había ido a casa de Mrs. Odio. No quiso ver que establecía nítidamente la posibilidad de que haya existido un segundo Oswald, es decir, un hombre que se le parecía y usurpaba su identidad. Si se hubiera preocupado verdaderamente de esclarecer todos los puntos misteriosos del caso, habría suspendido todo, ordenado que se encontrara a los tres hombres y que se comprobase si uno de ellos no se había hecho pasar por Oswald y, en caso afirmativo, que se descubriera por qué. Weisberg ve en esto una prueba decisiva del hecho de que la Comisión ha establecido la existencia de un complot y ha decidido inmediatamente ignorarlo.

El 4 de octubre de 1963, otro caso de ubicuidad. Mientras la investigación dejaba sentado que Oswald se encontraba aquel día en Dallas, el director de la estación de radio KPOY, en Alice, Texas, recibió, por la tarde y durante veinticinco minutos, la visita de un tal Oswald, llegado en un viejo coche de 1953, con su mujer y su niño. La Comisión se contenta con anotar que (a) Oswald no podía encontrarse en Alice y que (b) no sabía conducir. Otros testimonios, sin embargo, permitirán pensar que no hubo sólo un segundo Oswald, sino también una segunda «familia Oswald».

A partir del comienzo de noviembre y hasta el 22 se registran una serie de apariciones extrañas que tienen todas como marco la ciudad de Dallas o su suburbio de Irving. El 6 ó el 7 de noviembre, un hombre que se parece a Oswald, entra en una tienda de muebles de Irving para comprar una pieza separada de fusil —una pancarta en el escaparate indica que la tienda tiene una sección de armería—. Puesto que no encuentra la pieza, sale para ir a buscar a su coche a su mujer y a dos niños, con los cuales vuelve para examinar unos muebles durante un rato. Los niños parecen tener exactamente la misma edad que los de Oswald. Dos vendedores discuten con la pareja y reconocerán más tarde a Oswald y a Marina como los clientes de aquel día. La familia se aleja después de haber pedido las señas de una armería.

Quizá fuera el mismo día —a principios de noviembre— cuando un tal Oswald llevó una carabina a la tienda Irving Sport Shop —justo al lado— para que le hicieran tres agujeros destinados a la instalación de una lente visor. En la carabina de Oswald, sin embargo, no había más que dos agujeros, que fueron hechos antes de que él la comprara. El F. B. I. sería informado de ello el 24 de noviembre por una llamada telefónica anónima. El recibo, conservado por el vendedor, parece auténtico. El empleado está seguro de haber «visto a Oswald en alguna parte» y su jefe confía en su

testimonio. La Comisión, sin embargo, no tomó en cuenta la información, ya que nada indicaba que Oswald hubiera poseído nunca una segunda carabina.

El 8 de noviembre, Oswald, en busca de un empleo, no fue a Irving en todo el día. Sin embargo, fue visto allí dos veces. Un tendero, Hutchinson, afirma que se presentó en su establecimiento para intentar cobrar un cheque de 189 dólares a nombre de «Harvey Oswald» y que volvió después, una o dos veces por semana, por la mañana temprano, para comprar, cada vez, cuatro litros de leche y dulces de canela, compras absolutamente inverosímiles por parte de Oswald, según Marina y Mrs. Paine. No todos los días un cliente trata de cambiar una suma tan importante en una tienda de ultramarinos. Uno se acuerda de ello. Pero, según dice Marina, ¿de dónde habría sacado Oswald los 189 dólares?

El mismo día, un peluquero instalado a dos pasos de la tienda de ultramarinos vio a Oswald entrar en su establecimiento con un muchacho de catorce años y les oyó expresarse en términos «izquierdistas». El peluquero recibió varias veces la visita de este cliente —en ocasiones en las que era casi imposible que Oswald se encontrara en Irving— y le oyó hablar de un viaje a México.

EL ENCUENTRO CON TIPPIT



El 9 de noviembre, el segundo Oswald se muestra todavía más activo. El verdadero Oswald, por su parte, pasa todo el día en casa de Mrs. Paine, escribiendo una larga carta a la Embajada soviética, en la que claramente deja entender que es un agente ruso. Pero no la echará al correo hasta el día 12. Entre tanto Mrs. Paine, al ver la carta sobre una mesa, la habrá leído y se habrá inquietado por ella, hasta el punto de sacar una copia y enviarla al F. B. I. El F. B. I. no le concederá ninguna importancia y sacará simplemente la conclusión de que Oswald intenta obtener un visado soviético.

Mientras el verdadero Oswald está en su mesa, el otro aparece en dos lugares. En primer lugar, en el salón de exposiciones «Lincoln-Mercury», de Dallas, donde es recibido por el vendedor Bogard, cuyo testimonio fue recogido más arriba. Después, en el stand de tiro del Sports Drome Range, donde será visto frecuentemente desde entonces, siempre en momentos en que el verdadero Oswald no podía encontrarse allí. El segundo Oswald es un excelente tirador, que se entrega a diversas fantasías, para hacerse notar, utilizando armas poco corrientes —algunas de las cuales, descritas por los testigos, se parecen a la carabina de Oswald—, tirando sobre las dianas de los demás, etc...

Entre el 12 y el 21 de noviembre, Oswald no irá ni una sola vez a Irving. Sin embargo, le ven el 13 entrar en la tienda de ultramarinos Hutchinson, con Marina, y después en el Sport Drome Range, los días 16, 17, 20 y 21 de noviembre.



Un policía mostró a periodistas y fotógrafos el arma que —supuestamente— utilizó el asesino para cometer el magnicidio del 22 de noviembre.

El 20 de noviembre, a las diez de la mañana, mientras que el verdadero Oswald está en su trabajo, una camarera del restaurante Dobbs House, en North Beckley, afirma que vino a sentarse en una mesa del establecimiento y que hizo una escena muy desagradable a propósito de la manera cómo le habían servido los huevos. El agente J. D. Tippit estaba también en el restaurante, «como todos los días a esa hora», y fulminaba a Oswald con la mirada. En su informe, en lugar de interesarse por el hecho de que Oswald y Tippit habían podido encontrarse antes del 22 de noviembre, el F. B. I. anota simplemente que Oswald no podía estar allí. Los investigadores no se han preguntado tampoco por qué Tippit se paraba todas las mañanas en North Beckley, que no formaba parte de su distrito y se encontraba lejos de su domicilio.

La última aparición del segundo Oswald, una de las más importantes, tuvo lugar justo después del asesinato. Un testigo, J. R. Worrell, vio un cañón de fusil que sobresalía de una ventana del depósito escolar, oyó cuatro disparos —es uno de los que oyeron cuatro y no tres— y se precipitó detrás del edificio. Vio entonces a un hombre que salía corriendo por una puerta de servicio y que rodeó rápidamente el edificio por el otro lado. Worrell declararía a un policía de Dallas, K. L. Anderton, que «reconoció inmediatamente a Oswald», cuando le vio en la televisión, «como el hombre que salió corriendo del edificio».

Unos minutos más tarde, el sheriff adjunto, Royer Craig, vio a un hombre por los escalones del depósito escolar, que luego corrió hasta la carretera y subió a un «Rambler» que se alejó inmediatamente. Craig intentó en vano parar el coche. Cuando informó de este incidente, le pidieron fuera al cuartel general de la Policía para examinar al sospechoso, al que acababan de detener. Identificó inmediatamente a Oswald como el hombre al que había visto subir al coche.

Copyright © 1966 «The New York Review». Extractado de la obra publicada en Estados Unidos por «Avon» y «The New York Review of Books».

Próximo capítulo:
LOS QUE DISPARARON